

Textos de Baldomero Sanín Cano

Discurso de Baldomero Sanín Cano expuesto al recibir el galardón doctor *honoris causa*, Universidad de Antioquia, mayo de 1945¹

¹ Sanín, 1945a, p. 1; Sanín, 1945b, pp. 447-452.

Es usual en la solemnidad y cortesía de actos como el presente asumir sinceramente o como oportuna actitud transitoria las posiciones de la modestia. Mi caso desde ese punto de vista crearía una situación tan cómoda como sencilla y de fácil desempeño; porque son numerosas las personas en quienes la modestia viene siendo una mera exhibición de la propia naturaleza. No necesitaría hacer esfuerzo alguno para desempeñar en esta solemne ocasión el fácil y recomendable papel de hombro modesto, pero por razones que explicaré más adelante no debo tomar ante tan discreto y gentil auditorio esa para mí natural y recomendable actitud. Lo deploro en verdad, porque podría llenarla con adecuada competencia. Si me fuera permitido hacer una exposición sobre mis variadas y numerosas deficiencias, creo que podría cautivar la atención del discreto auditorio exponiéndolas menudamente. Debo, sin embargo, privarme de esa complacencia para no entrar en desacuerdo con las obligantes y generosas palabras con que la inagotable bondad del señor Rector ha querido referirse a una larga vida de ensayos y de grandes tropiezos, sin más excusa en la mayor parte de las veces que la buena intención.

No puedo lisonjearme de haber contribuido al adelanto de las ciencias y las artes en mi país con mis propias realizaciones, pero acaso en mi comunicación con los contemporáneos haya logrado estimular sus fecundos y hoy reconocidos talentos. La tarea del hombre de estudio es una serie de tanteos, de rectificaciones, enterveradas de pasajeros momentos de ilusión y seguidas, en ocasiones muy escasas, de positivos

descubrimientos, sorprendentes muchos de ellos o profundamente dolorosos. La ciencia avanza en nuestros días con tan acelerados movimientos que ni siquiera los especialistas logran mantenerse en contacto con todas sus conquistas y cambios inesperados. Estas limitaciones de la inteligencia humana le imponen al hombre de estudio, por más ávida de conocimiento que se halle su mente, la necesidad de consagrarse a una sola materia para no disolver sus actividades en las peligrosas esferas del diletantismo. Educado para la enseñanza, descubrí muy pronto que sólo tenía disposiciones para el estudio, y obligado por las circunstancias a ejercer mis actividades en las erizadas comarcas del periodismo, en que la palabra es el principal instrumento de ejecución, me he dado con empeño a sondear los abismos de la lengua que heredamos por fortuna de una benévola providencia. En el empeño de conocerla a fondo, sin agotar sus abundantes caudales, he comunicado a veces al público parte de mis gratas experiencias. Es la única línea de los conocimientos humanos en que, a lo menos para mí, he escarmentado con provecho las enseñanzas de los antepasados.

Meditando fríamente y sin afectación en los méritos de que podría ufanarme para merecer el título que he venido a recibir con orgullo en vuestra presencia, me parece que solamente uno puede ostentar frente a las muy calificadas personas que con sobra de cualidades lo han obtenido y lo reciben de este claro cenáculo. Ese mérito, si así puede llamarse, es el de haber sido siempre y con tenacidad que parece constancia un estudiante de muy contadas disciplinas y observador de algunos aspectos de las relaciones humanas. De modo que en esto me parezco a la mayor parte de los estudiantes que reciben, como premio a la tenacidad y consagración en el empeño de su vida, el certificado que los habilite para llevar una designación académica y ejercer una profesión.

El señor Rector de la Universidad, con un rasgo excesivo de benevolencia, dice que este, para mí honroso momento de la vida, ha debido llegar hace mucho tiempo. Debo hacer presente, para tranquilizar el ánimo de quienes así hayan pensado, que en todos los actos de mi vida el destino ha obrado con sistemática y acaso para mi favorable lentitud.

A todas partes y en todos los sucesos de mi vida he llegado un poco tarde. La mayor parte de los americanos que viajan a Europa en busca de más dilatados horizontes para su espíritu lo hacen con el principio de la Juventud y algunos en el fervor de la Juventud y algunos en el fervor de una franca adolescencia. Estuve en Europa por primera vez cuando ya no era posible en razón de mis años

que un nuevo ambiente obrara sobre mi ánimo para modificar la influencia de los trópicos. Al regresar de aquel viaje a los dieciséis años de ausencia una señora de claras prendas de observación interrogada por un amigo acerca de las danzas que había encontrado en su conocido del tiempo antiguo, y dijo con propiedad o ingenio: “Está tan Sanín como antes, pero mucho más cano”. Empezó mi nombre a figurar en la prensa del país y del exterior cuando ya las ilusiones de la juventud se habían desvanecido en su mayor parte dejando hebras grises en el cabello y enseñanzas útiles, aunque no exentas del acre sabor de la experiencia. Tal fue la ley de mi carrera desde los primeros años. Adquiría el conocimiento al precio de una severa reprensión o de un inesperado desengaño.

Aunque no soy universitario estos muros augustos y los méritos insignes de esta ilustre universidad no me son desconocidos. Aprendí desde niño a mirarlos con respeto, y el título que procedía de estas aulas y de este consejo era por mí aceptado entonces y lo es ahora como inequívoco testimonio de mérito y de conocimiento. Además, cuando pasados los años y llenando funciones de acuerdo con otro certificado de estudios vine a vivir en Medellín y fueron mis amigos personas de saber, de carácter, de nobles tradiciones que aquí sembraron la semilla del conocimiento y echaron las bases y fundaron las tradiciones del espíritu verdaderamente antioqueño. Juan Bautista Posada, voluntad adamantina para el trabajo y a un mismo tiempo lector infatigable de finísimo gusto, me franqueaba las puertas de la biblioteca adonde iba a buscar siguiendo mis aficiones lingüísticas libros antiguos y modernos que era inútil solicitar en las librerías y bibliotecas particulares de esa época. Por aquí vagan las sombras de grandes hijos de Antioquia que fueron mis amigos en tiempos que no se olvidan y que no dejará de recordar inmarcesiblemente la historia cultural de esta bella y fecunda comarca de dones intelectuales.

Aquí vinieron a enseñar letras, derecho, filosofía, medicina, Fidel Cano bondadoso, correcto, leal consigo mismo y con sus ideas, escritor pulcro y luminoso, carácter firme e incontaminado, modelo de hombres y de periodistas; Luis Eduardo Villegas, maestro del idioma en que puso todas sus complacencias con una amplia y generosa comprensión de su destino y sus posibilidades; Francisco Liborio Mejía, un sabio injertado en una mente de grada y de virtud franciscanas; Camilo Botero Guerra, de pluma fácil, amante de su tiempo y de sus apariencias, juez severo de la suposición y de las vanidades multicolores; Rafael Campuzano, médico insigne de varias generaciones, rector en quien se juntaban la severidad y la no-

ción del deber al amor de la Juventud y a un evangélico espíritu de tolerancia, y otros muchos cuya vida fue norma de pueblos y cuya amistad puede considerarse como favor supremo del destino.

La abrumadora benevolencia del señor rector y su conocimiento de las letras y las corrientes ideológicas de este país me asignan un puesto de excesiva significación y de enorme responsabilidad en el desarrollo cultural de algunas generaciones cuyas obras están ya consagradas por el tiempo y por el asentimiento común de jueces irrecusables.

En ese aparente influjo tuvieron más parte los tiempos que las personas. Entre 1886 y 1910 pasó por la mente de la generación que se iniciaba en la carrera de las letras una ráfaga de entusiasmo por los estudios literarios y por el análisis desprevenido de los fenómenos sociales.

No fue provocado por persona determinada. Correspondía a un momento de actividad mental presente en la vida de las naciones directivas del pensamiento. Entre nosotros entonces, como cuarenta años antes, se sentía el eco de ideas y de sucesos cuyo origen estaba en Europa. Había entre los jóvenes y aún en la mente de muchos que habían dejado de serlo, una voluntad, imperiosa de saber y de ponerse en contacto con la vida de los verdaderos centros intelectuales. Se descubrían nuevos rumbos en la novela, en la poesía, en el drama, en todas las formas de interpretar la vida con profundidad y hermosura y de escribir la historia. Era un placer escuchar el ruido y contemplar las alternativas del combate entre un pasado glorioso que pretendía prolongar sus influencias indefinida y tiránicamente, sin aceptar las transformaciones fatales inherentes al paso natural de los hechos, y el fervor generoso de renovación en que se inspiraban los jóvenes de una generación animada por el paso de corrientes magnéticas desconocidas de sus antepasados. La vida intelectual fue un halago más bien que una lucha y el ejercicio de las facultades creadoras, en quienes verdaderamente las poseyeron, un espectáculo de atractivo insuperable. Las influencias que llegaban del otro lado del mar obraban intensamente sobre la inteligencia de los favorecidos y de ellos se difundía con generosidad hasta formar ambiente, donde había lugar, merced a una exquisita tolerancia, para el desenvolvimiento de todas las peculiaridades.

Predominaba el talento y todos esperaban la aparición de obras nuevas de fuerza irresistible, manifestaciones de un anhelo común vago en sus contornos, pero vigoroso en su fondo. La emulación tenía forma de estímulo desinteresado y el éxito suscitaban la admiración sin reservas ni atenuaciones. Creo poder explicar sin sombra

de vanidad cuál fue en esos momentos mi posición entre los adalides del movimiento. No fui cultivador de ningún género especial de literatura. No fui novelista, ni poeta, ni dramaturgo, ni aspiré al título envidiable de historiador en el momento en que la historia empezaba a ser considerada como una tentativa de mezclar en un solo género literario la ciencia y el arte. La combinación, en un solo individuo, de cuatro deficiencias reconocidas por él mismo le colocó en un lugar aislado al abrigo de emulaciones y preferencias. No había logrado entonces la crítica el privilegio de ser considerada como un género literario definido y famoso como la poesía o el drama. Los críticos de nuestra devoción en cuyas obras buscábamos la justificación de las nuevas tendencias no eran críticos aisladamente. Lemaitre atraía multitudes de relieve con sus dramas apasionantes: había escrito un tomo de versos y sus novelas llenaban con gracia y seducción las horas de ocio en la vida de magnates, funcionarios y damas gentiles de predilecciones intelectuales. Brandes, el maestro impecable y lleno de gracia, en la crítica del ochocientos, había escrito un volumen de versos y se preparaba a sorprender a sus admiradores con biografías de grandes personalidades en obras de varios tomos. La crítica no era un género aparte en las artes y se empezaba a sospechar que no fuera en verdad literatura. La posición del literato que no hacía literatura creaba a su alrededor un ambiente de benevolencia en que se ejercían con abundancia las varias formas de la condescendencia; no hacer versos ni novelas; ni drama, negarse a depositar en la caja de ahorros ideológica y sentimental del público parte de su propio ser en forma de literatura, se interpretaba como señal de pobreza en ideas y sentimientos. A un mismo tiempo los que sin producir gozaban con la producción ajena adquirían, sin voluntad de lograrla, reputación de consejeros. Así la combinación de las cuatro deficiencias hizo de mí un juez en quien se tenía confianza por suponerle extraño a la emulación que se difundía como una amenaza en los cenáculos juveniles de la inteligencia.

Señor rector: circunstancias de mi vida sobre las cuales mi voluntad pasaba como el hálito sobre la tersa faz de las lunas venecianas me han tenido alejado de Antioquia hace ya sesenta años. En todo ese lapso mientras hollaba patrias ajenas y mudaba constelaciones volvía siempre la vista hacia las zodiacales bajo cuya luz había aprendido a admirar el espectáculo del firmamento colombiano.

El recuerdo de estas montañas me fortaleció siempre en la adversidad. Los hombres de quienes recibí ejemplo y enseñanza como Juan Crisóstomo Llano y Miguel Jaramillo Chorem, catedrático ideal y modelo insuperable de pedagogos y ciudadanos, cuya

memoria habéis evocado en justas y bellísimas palabras, me daban aliento en el combate y serenidad en las horas de bonanza.

El acto de generosidad que me ha traído ahora a la capital de Antioquia me llena de regocijo íntimo y de gratitud ilimitada y duradera. Mi gratitud hacia la universidad encomendada a vuestra dirección intensifica los lazos que me unen a la patria.

La ciencia, las letras, las artes han sido objeto de mi admiración y estudio en todos los paralelos donde me ha tocado poner la planta. La ciencia, las letras y las artes de Antioquia nunca se han separado de mi corazón ni delante del espectáculo que fue la civilización europea antes de 1914. Recibid, Sr. rector, la expresión de mi reconocimiento y de mis votos por la prosperidad y engrandecimiento de este noble instituto.

Referencias bibliográficas

Sanín, B. (1945a, 27 de mayo). Discurso de Baldomero Sanín Cano expuesto al recibir el galardón doctor «honoris causa», Universidad de Antioquia, mayo de 1945. *El Tiempo* (Sección 2ª).

Sanín, B. (1945b). Discurso de Baldomero Sanín Cano expuesto al recibir el galardón doctor «honoris causa», Universidad de Antioquia, mayo de 1945. *Revista Universidad de Antioquia*, (71-72), 447-458.

La ciencia avanza en nuestros días con tan acelerados movimientos que ni siquiera los especialistas logran mantenerse en contacto con todas sus conquistas y cambios inesperados.